

Cátedra José Gil Fortoul

¿HACIA DONDE VA AMERICA LATINA? RETOS PARA UNA AGENDA DE DESARROLLO CON FUTURO¹

6

L. Enrique García

Señor Director de la Academia Nacional de Historia, Excelentísimos Señores Embajadores y representantes del Cuerpo Diplomático acreditado en Venezuela, señores Directores y Presidentes de las Academias Nacionales, señores Individuos de Número y Socios correspondientes de las Academias Nacionales, señores representantes de instituciones culturales, señores invitados especiales, señoras y señores.

Marco de referencia

En primer lugar quiero agradecer la amable invitación que se me ha hecho para dictar la prestigiosa Conferencia Anual José Gil Fortoul, con la cual se celebra la fundación de la Academia Nacional de Historia, institución tan importante en el país. Es además un doble honor hacerlo en la sede de esta Academia, en este magnífico edificio histórico que representa los valores y la cultura de Venezuela.

El desafío que tengo es muy grande pues se trata de presentar un diagnóstico y una visión de futuro de América Latina a un círculo prestigioso de académicos de la historia, sin caer en tecnicismos.

¿Cómo está la América Latina de hoy? ¿Cómo se compara con lo que era cinco décadas atrás? ¿Cuál es su futuro? Esas son algunas de las preguntas que trataré de responder en el curso de mi presentación.

América Latina, no obstante los diversos modelos de desarrollo puestos en práctica en las últimas cinco décadas, ha perdido importancia relativa a nivel

1 Ponencia del Presidente de la Corporación Andina de Fomento, Enrique García, en la Conferencia Anual "José Gil Fortoul", de la Academia de Historia de Venezuela

mundial. En efecto, mientras a principios de la década de los cincuenta ocupaba el tercer lugar en el ámbito mundial de acuerdo a una serie de indicadores, actualmente ocupa la quinta posición entre siete regiones del orbe.

Lo anterior significa, además, que la brecha que separa la región de los países industrializados se haya ampliado dramáticamente. De continuar dicha situación, el aumento en la pobreza y la inequidad que traería consigo, generaría una situación social insostenible.

El momento actual es propicio, en este contexto, para construir una agenda renovada que le permita a la región insertarse en forma más equitativa en la irreversible realidad de la globalización.

Los modelos de desarrollo aplicados

Al inicio de la década de los cincuenta, influenciada por las corrientes keynesianas, surge en la región el pensamiento del destacado economista argentino Raúl Prebisch, quien sostenía, con mucha razón, que la región no podía desarrollarse si seguía dependiendo de exportaciones ligadas esencialmente a materias primas, por ser éstas altamente volátiles y vulnerables a factores externos. Propugnaba como solución estrategias para ganar productividad y transformar las economías de exportadoras de materias primas a economías más industrializadas. Esa fue la tesis central de la teoría de sustitución de importaciones que, paralelamente, daba un importante rol al sector público. De igual manera, estimulaba dar a los sectores productivos niveles de protección suficientes, bajo el principio de la “industria naciente”, que les permitiera competir en una etapa de aprendizaje que luego, alcanzado el objetivo buscado, sería reducida o eliminada.

Como sucede con frecuencia, los seguidores de un líder llevan a extremos nunca pensados por él mismo las ideas planteadas originalmente. Es así como a través de la vigencia de ese modelo de sustitución de importaciones, se incrementó el centralismo y una exagerada participación del Estado en todo tipo de actividades. Se aplicaron también medidas proteccionistas elevadas que significaron en la mayoría de los países el cierre de sus economías y la pérdida de eficiencia y competitividad.

El ciclo del modelo de sustitución de las importaciones concluyó en forma dramática a principios de la década de los ochenta al producirse la crisis de la deuda externa que se inició en México y que se propagó en la región. Dicha crisis se generó porque los países incurrieron en excesivos niveles de endeudamiento externo, no necesariamente ligados a programas o proyectos sustentables.

Dentro del patrón de desarrollo aplicado se logró, sin embargo, un crecimiento económico superior al de las décadas del 50 y del 90, aunque al existir un serio divorcio entre los responsables de las políticas monetarias y fiscales, de aquellos vinculados a las de desarrollo, dicho crecimiento fue acompañado en muchos países de procesos hiperinflacionarios.

Paralelamente se estimuló la creación y/o el fortalecimiento de los procesos de integración regional dentro de la misma concepción del modelo de sustitución de importaciones. Bajo esa aureola nace el Grupo Andino, se fortalecen otros esquemas de integración regional como el Centroamericano y el Caribeño. También, en esa etapa, los países en desarrollo hacen causa común en los debates relacionados con comercio a nivel mundial en la UNCTAD y otros foros internacionales.

Como efecto de la crisis de la deuda externa de los años ochenta, procesos hiperinflacionarios en varios países y el renacimiento del liberalismo a nivel internacional, emergen severas críticas al modelo de sustitución de importaciones y se propugna un nuevo paradigma de desarrollo. Allí influyen Margaret Thatcher y Ronald Reagan en lo político-doctrinario y Milton Friedman, de la Universidad de Chicago, en el campo intelectual. La anterior concepción es adoptada por los organismos de Washington -FMI, Banco Mundial y el BID- y se convierte en determinante de un recetario de medidas que bajo la denominación de "Consenso de Washington" se convierten en la condición principal para el otorgamiento de financiamiento externo.

Es así como la mayoría de los países de la región redefinieron su enfoque, dando un nuevo y más reducido papel al Estado, promoviendo la apertura y liberación de mercados, la privatización y propugnando una serie de reformas que daban un rol clave a la iniciativa privada. Y todo lo anterior en un marco de políticas macroeconómicas que buscaran el equilibrio interno y externo, asegurando de esa manera bajas tasas de inflación y un patrón de endeudamiento externo consistente con dicho equilibrio. Posteriormente, y en forma paralela, se amplió el ámbito de las reformas para lograr una reducción de los problemas de inequidad, vulnerabilidad ambiental y pobreza. Al mismo tiempo los procesos de integración regional -Comunidad Andina, MERCOSUR y otros- introdujeron el concepto de regionalismo abierto que es consistente con un modelo de economía de mercado.

Si se hace una evaluación de los resultados alcanzados en los primeros ocho años de la década de los noventa, no cabe duda que se dieron avances y resultados muy positivos. Particularmente en el ámbito de la estabilidad macroeconómica, liberalización del comercio, privatización y fortalecimiento de los procesos democráticos, con resultados menos significativos en materia de crecimiento y aún menores en lo referente a la disminución de las disparidades de riqueza y eliminación de la pobreza.

Sin embargo a partir de 1998, como resultado de las diversas crisis internacionales, las economías de la región fueron también acosadas por una serie de choques externos que forzaron la adopción de continuas medidas de ajuste macroeconómico de carácter contractivo propugnadas por el FMI, con implicaciones en crecimiento, empleo y bienestar social. Y significaron, a su vez, una disminución del ritmo de aplicación de reformas aún inconclusas en el ámbito microeconómico e institucional.

Las distorsiones derivadas del proteccionismo y otras asimetrías internacionales generadas principalmente por los países industrializados han sido, junto a las medidas contractivas descritas anteriormente, las determinantes para que surjan críticas al “modelo neoliberal”. Aparecen entonces el “antineoliberalismo”, la “antiglobalización” y otras manifestaciones similares que no proponen, sin embargo, alternativas viables.

En el ámbito del anterior debate, es razonable y realista no caer en el fundamentalismo de las corrientes antagónicas y más bien buscar un nuevo paradigma que recoja lo mejor que tiene una economía de mercado pero reconociendo, al mismo tiempo, el rol importante del Estado en áreas que, por su propia naturaleza, nunca serán desarrolladas en forma eficiente y equitativa por el sector privado.

Si se observa lo que ha venido sucediendo en los últimos años a nivel político es que aparece un Tony Blair en lugar de Margaret Thatcher y Bill Clinton en lugar de Ronald Reagan. En el campo académico voces como las del último premio Nobel de economía, el profesor Stiglitz, y otros círculos académicos tanto en Estados Unidos, Europa y la región, dan un incentivo claro a abordar los temas del desarrollo con una óptica más amplia. De alguna manera Keynes y Prebisch retornan del pasado. Hasta el presidente Bush aplica políticas más heterodoxas para mitigar la recesión norteamericana.

En otras palabras nos encontramos en un punto de inflexión que demanda “repensar” las ideas y hacerlo con sentido de urgencia.

El nuevo escenario internacional

¿Cuál es el contexto internacional actual como base para construir un nuevo paradigma?

Primero está el tema de la globalización. La misma no se genera por decreto ni por leyes. Es un hecho pragmático que tiene su fundamento propio debido al gran avance de los sistemas de información tecnológica y de comunicación,

lo que hace que la producción, comercialización y movimientos de capital, estén integrados a nivel mundial. Hoy en día para obtener un bien determinado se produce una parte del mismo en Estados Unidos, otra en Brasil, otra en México y otra en Singapur. De igual manera, en la comercialización de los bienes y servicios las grandes corporaciones lo hacen a un nivel multinacional. Y, a su vez, los movimientos de capital son instantáneos en respuesta a las percepciones de riesgo que tenga el mercado global.

Segundo, hay un evidente desbalance en el poder mundial, contrariamente a la situación que se observaba antes de la caída del muro de Berlín y de la desaparición de la Unión Soviética. Lo anterior ha significado también que el modelo de mercado y democracia, con sus diversas variantes, se haya impuesto en el contexto internacional. La hegemonía de los Estados Unidos se extiende, a su vez, a decisiones políticas y económicas de carácter multilateral a través de su influencia decisiva en los foros más importantes a nivel mundial como son las Naciones Unidas, la OMC, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, para citar algunos. Por otra parte la fortaleza económica y financiera de las grandes corporaciones multinacionales hacen que también su influencia trascienda el ámbito de los negocios y se inserte en el ámbito político nacional e internacional.

Tercero, América Latina ha perdido iniciativa en construir su propia agenda. A diferencia de lo que pasaba a fines de los cincuenta o de los sesenta, donde las ideas emanaban de la región y se compartían con otras, hoy en día tiene preponderancia lo que se definió en el Consenso de Washington o lo que mencionó un economista de Nueva York, Londres o Tokio. Es decir que no hay una propuesta intelectual que lleve a la elaboración de una agenda propia de desarrollo.

Cuarto, existen datos fehacientes que sustentan lo manifestado con anterioridad en cuanto al deterioro relativo de la importancia de América Latina en el contexto mundial y que se resumen a continuación:

El ingreso per cápita, es decir el ingreso por habitante de la región, no aumentó en terminos reales. En efecto dicho ingreso en 1980, expresado en precios constantes de 1985, era de US\$6.630, comparado con US\$1.100 de los países del Este Asiático y del Pacífico y de US\$12.000 en los de la OECD. ¿Cuál es el actual ingreso *per capita* de América Latina utilizando los mismos precios constantes de 1985? Es de US\$6.340, es decir prácticamente el mismo que en 1980, mientras que en los países del Este Asiático y del Pacífico es superior a los US\$3.000 y el de los de la OECD ha aumentado a US\$26.000.

El nivel de desempleo es muy alto. En efecto, el porcentaje de desempleados en forma abierta es superior al 15% de la fuerza laboral en muchos de los

países, porcentaje que se agrava dramáticamente si se incluye el llamado desempleo “disfrazado” con lo cual hay países que alcanzan un nivel cercano al 40%.

La riqueza al interior de los países está mal distribuida. América Latina es la región con la peor distribución del ingreso en el mundo dado que el 5% más rico controla el 26% del ingreso, comparado con los países industrializados donde ese 5% de la población controla sólo el 12%. Dicha circunstancia se presenta dentro de un contexto en el cual, no obstante todos los avances que se han hecho en los últimos 15 ó 20 años en la lucha contra la pobreza, un latinoamericano de cada tres –el 33%- vive con solo dos dólares al día. Esta circunstancia va acompañada de otros aspectos como la vulnerabilidad ambiental, la inseguridad, la violencia y la tensión social que obviamente están relacionadas también con la corrupción y la débil institucionalidad.

En el marco de los datos anteriores la pregunta clave es: ¿cuántos años tomaría equiparar el ingreso *per cápita* de América Latina al ingreso de los países de la OECD? En un ejercicio hipotético, suponiendo que estos últimos mantuvieran su actual ingreso *per cápita* y que América Latina creciera a la mejor tasa que presentó en la década de los noventa, es decir entre un 3.5 o un 4% en promedio, y que la población aumentara a un ritmo anual del 1.5%, tomaría 120 años. Es decir un panorama poco alentador, no sostenible socialmente y un caldo de cultivo para la violencia a nivel internacional.

Las raíces del problema

Si uno profundiza el análisis de las raíces que originan la situación planteada anteriormente, hay ciertos factores que explican las causas determinantes de la ampliación de la brecha de desarrollo y que se resumen a continuación.

Patrón de producción y de exportaciones: América Latina, como decía Prebisch hace 50 años, sigue siendo una región que esencialmente se ha especializado en la producción y exportación de materias primas (petróleo, gas, plata, oro, soya, café, zinc, etc.) o industria manufacturera genérica, que son altamente vulnerables a los choques externos que se reflejan en la volatilidad de los términos de intercambio. De igual manera, muchos de los sectores anteriores son intensivos en capital, creadores de poco empleo y con incidencia en la concentración de riqueza. No es lo mismo crecer porque los precios del petróleo o del estaño han sido muy buenos en un año, que crecer cuando es la industria pequeña o mediana o sectores de servicios basados en tecnología los que inducen dicho crecimiento. Al respecto, es preferible una economía que crece en forma sostenida a un 4%, en las condiciones mencionadas, que eco-

nomías como las de América Latina que tienen momentos de bonanza y momentos de contracción dependiendo de los términos de intercambio.

Baja capacidad de ahorro interno: Otro elemento preocupante es la baja capacidad de ahorro interno de la región, es decir aquel porcentaje del ingreso que las familias, las corporaciones, el sector financiero y el gobierno no consumen y que es fundamental para aumentar la inversión y lograr tasas de crecimiento aceleradas. En este sentido en América Latina sólo se ahorra US\$0.18 centavos de cada dólar de ingreso comparado con los países asiáticos que tienen un coeficiente de entre 35 y 40 centavos por dólar.

Financiamiento externo insuficiente, volátil y de difícil acceso: que se convierte en otro factor limitante al proceso de inversión requerido para alcanzar mayores tasas de crecimiento. Como ilustración, el total del financiamiento externo que requiere América Latina en promedio es del orden de US\$120 mil millones anuales. De dicha suma US\$50 a US\$60 mil millones son para amortizar la deuda vigente, y hay un monto equivalente para cubrir la diferencia entre el ahorro interno y las necesidades de inversión.

La principal fuente de financiamiento externo es la inversión extranjera directa. Sin embargo, en la última década el 80% de ese financiamiento ha estado dirigido a petróleo, minería y otras áreas de recursos naturales, así como a financiar el proceso de privatización. Muy poco de inversión extranjera ha sido dirigido a áreas de mayor impacto en el crecimiento especialmente ligadas a nuevas tecnologías y a la creación de empleo. Excepciones a destacar en esta materia son México, Costa Rica y algunos países centroamericanos. Por otra parte, el decreciente flujo de recursos bilaterales y de carácter concesionario así como el cada vez más condicionado acceso a las fuentes multilaterales de financiamiento y las continuas reducciones de calificación de riesgo por parte de las agencias especializadas a los países de la región, hacen difícil, insuficiente y costoso el flujo externo de recursos.

Baja competitividad: América Latina es una región que muestra un bajo índice de competitividad como se desprende de los estudios anuales que presenta el Foro Económico Mundial de Davos, Suiza, y la Universidad de Harvard. El estudio correspondiente al 2001 cubrió a 75 países del mundo y se basó en encuestas a 100 empresarios de cada uno de los países. La región Latinoamericana en promedio se ubica en la posición número 47, y existen sólo dos países que están debajo de la posición 40: Costa Rica y Chile. Hay cuatro que están por debajo del promedio y ocho figuran entre los quince últimos.

Competitividad no es otra cosa que el conjunto de políticas, instituciones, procesos y actitudes, que permiten un aumento sistemático, continuo en la

productividad con miras a un incremento sostenido en el crecimiento del producto, con miras a asegurar tasas de crecimiento económico más altas, que a su vez viabilizan una mayor inversión social.

La competitividad está determinada por el ambiente macroeconómico, la infraestructura y la logística, la capacidad tecnológica, la disponibilidad de financiamiento y la institucionalidad, para citar algunos factores. Este último aspecto, quizás uno de los más importantes, se refiere a cuán seguras son las reglas del juego; cuán creíble es la policía; cuánto lo es la justicia; cuáles son las perspectivas de continuidad y respeto a las reglas del juego; cómo se percibe la burocracia en términos de administración y transparencia; cuán corrupto es un país, pues corrupto no es solamente un gobierno sino también lo puede ser un empresario o ciudadano común.

Insuficiente inversión en el capital social: es decir en educación, en salud, en crear una cultura de tolerancia, en la institucionalidad, y en los mecanismos que permitan generar consensos y disensos ordenados, sobre la base de confianza, de transparencia, de claras reglas del juego y de respeto mutuo. Lo anterior incluye también factores de carácter cultural y de construcción de una identidad nacional o regional.

Asimetrías internacionales perturbadoras: mientras América Latina abrió sus economías en los últimos años, no hubo la misma correspondencia de parte de los países industrializados. Basta señalar el proteccionismo que existe en productos agrícolas, en acero, en textiles y en otros rubros. Y esto tiene que ver también con el tema del financiamiento. Al respecto, cada diez años sale un nuevo estudio o propuesta de un grupo de “gurúes” mundiales que hacen recomendaciones que son acordadas por Estados soberanos sobre el tema del desarrollo. Una de ellas era que el 1% del producto interno bruto de los países industrializados se canalizaría hacia los países en desarrollo en financiamiento concesionario. No hay ningún país que lo haya hecho hasta el momento.

Otro ejemplo vinculado con el tema de las asimetrías está relacionado con el narcotráfico. Como ilustración Bolivia ha eliminado en los últimos cuatro años el cultivo excedentario de coca. De 47.000 hectáreas que tenía hoy tiene sólo 1.000, sin embargo a un costo muy alto pues hay 30 mil familias que cultivaban coca que hoy deben optar por cultivos y actividades alternativas. Mientras que el negocio de la coca opera en un mercado abierto y globalizado que es el narcotráfico, que no tiene fronteras, no paga impuestos y cuenta con mecanismos de comercialización y financiamiento, los campesinos productores deben constatar la realidad de que los productos alternativos como la soya, el banano para citar algunos, tienen que enfrentar todas las trabas al comercio.

El gran desafío para revertir los problemas derivados de las asimetrías internacionales descritas anteriormente es lograr mayor cohesión en la región.

Hacia un nuevo paradigma

Los anteriores hechos no significan que no se hayan logrado avances en la dirección correcta en los últimos quince años. Sin embargo, hay que reconocer que otras regiones del mundo han tenido una evolución mucho más dinámica.

Entre los hechos positivos se encuentran el reconocimiento por parte de los países de que la estabilidad macroeconómica si bien es necesaria no es suficiente, de que los temas sociales, los de competitividad, y del medio ambiente hay que enfrentarlos. Y, desde luego, el tema de la institucionalidad democrática dado que se están fortaleciendo las instituciones de la región y se está luchando contra la corrupción.

También en la integración regional, con subidas y bajadas, la Comunidad Andina y MERCOSUR, como ejemplo, han logrado avances importantes -no los suficientes dado que la coyuntura no ha sido la más favorable. Hay ejemplos de aspectos críticos que se están abordando como infraestructura, homologación de políticas macroeconómicas, no sólo en el ámbito comercial sino en el de infraestructura y desarrollo fronterizo.

Sin embargo está demostrado que los anteriores hechos positivos no son suficientes. Es muy importante incorporar nuevos temas, acelerar las reformas respectivas y hacer ajustes pragmáticos que, de alguna manera, tengan algo de Keynes y de Friedman; algo de Blair y de Thatcher, para poder resolver los problemas.

Economías que pueden ofrecer más empleo y mejor distribución de la riqueza, tienen mayor capacidad de lograr un desarrollo sustentable. Ese debe ser el objetivo que busque cualquier agenda de desarrollo con futuro. En ese sentido, conviene resaltar algunos de los desafíos principales para construir dicha agenda.

En primer lugar está la profundización de las reformas de carácter microeconómico y el aumento de la competitividad dentro de un marco de estabilidad macroeconómica que asegure crecimiento sostenido como base para la creación de empleo y mejoramiento social. La estabilidad macroeconómica es una condición necesaria pero no suficiente ya que la riqueza no la crea la macroeconomía sino las empresas, los gobiernos y otras unidades económicas. Ese es el enfoque correcto para una transición ordenada de un modelo de ven-

tajas comparativas a uno basado en ventajas competitivas. Es decir a un modelo menos dependiente en recursos naturales, materias primas y genéricos industriales y más en cadenas productivas y de servicios basadas en tecnología, conocimiento, especialización y “clusters” que integren a la pequeña y mediana empresa con los conglomerados mayores que están insertos en la economía internacional. En este sentido es necesario desarrollar las capacidades domésticas de investigación y desarrollo tecnológico para lo cual el acceso a la educación terciaria, el aumento de recursos públicos hacia la investigación y una mayor coordinación de los sectores público, privado y académico es indispensable. También es fundamental el desarrollo de la infraestructura y logística sostenibles como pilares para lograr competitividad.

En segundo lugar está el fortalecimiento de los mecanismos de financiamiento del desarrollo. Por un lado se encuentra la importancia de aumentar el promedio de ahorro de las familias, corporaciones y gobiernos a fin de depender menos de las fuentes externas de financiamiento y, al mismo tiempo, crear el marco institucional y de políticas que permita el fortalecimiento de los sistemas financieros y de los mercados de capital que permitan la intermediación de ahorro hacia la inversión productiva.

Así mismo está la revisión de los esquemas de financiamiento internacional como complemento al ahorro interno que en gran medida dependen de cuatro factores: recursos bilaterales de gobiernos, organismos multilaterales, mercados financieros y de capital privado e inversión extranjera directa. El acceso a dichas fuentes depende en gran medida de la calidad de las políticas económicas vigentes, de la continuidad de las reglas del juego y de la percepción sobre riesgo, transparencia e institucionalidad. Es crítico el papel de los organismos multilaterales de financiamiento que deben jugar un rol menos paternalista e impositivo y más bien aplicar el concepto de colaboración en agendas propias que planteen los países y que mientras muestren coherencia en su concepción y consistencia en su ejecución, sean respetadas y apoyadas al margen de las preferencias ideológicas que pudieran existir.

En tercer lugar está el desarrollo de la institucionalidad y del capital social. Hacia futuro se debe construir una institucionalidad que pasa por los gobiernos, por los parlamentos, por la justicia, por los gremios empresariales y laborales. Debe crearse una cultura de cooperación y responsabilidad compartida ya que con frecuencia se le endilga la responsabilidad de todo a los gobiernos, cuando en realidad el éxito o el fracaso de un país, o región, depende de todos y cada uno de los actores anteriormente enunciados.

Es clave aumentar la inversión en educación como instrumento capital social, coadyuvante a aumentar la productividad, mejorar la movilidad social y

lograr una mejor distribución de la riqueza. Lo anterior aparejado a una mayor inversión, es decir, en los mecanismos que crean confianza entre los miembros de una sociedad, incluyendo sus niveles de asociatividad y “conciencia cívica”. Diversas experiencias permiten señalar que existe un fuerte vínculo entre las características mencionadas, la ausencia de corrupción, la fortaleza de la familia y el crecimiento económico, por lo que la promoción del capital social es un aspecto ineludible para lograr el desarrollo social sostenible.

En este sentido, también se hace indispensable fomentar una mayor participación de todos los sectores sociales en las instituciones políticas de carácter democrático, así como propiciar el desarrollo de múltiples mecanismos de la sociedad civil que fortalezcan las relaciones de solidaridad, de convivencia y desarrollo colectivo, basadas en la tolerancia y en la solución negociada de los conflictos.

En cuarto lugar está el re-enfocar las prioridades de la integración regional. La integración regional no es un lujo sino una necesidad para lograr mayores niveles de competitividad y de participación equitativa en las realidades irreversibles de la globalización. No se trata de la Comunidad Andina y Mercosur. Hay que mirar una región ampliada donde no sólo se hable de comercio. La integración va mucho más allá de dicho campo pues la misma tiene que ver con infraestructura, con la homogenización de políticas sociales y macroeconómicas, con la cultura, con el deporte, es decir se trata de la integración en un sentido más amplio. La meta que deben alcanzar los latinoamericanos es una convergencia de estos esquemas en los próximos 10 años.

Es importante tener presente que si América Latina quiere maximizar los beneficios derivados del potencial de un mercado hemisférico de la eventual magnitud del ALCA es clave que se prepare adecuadamente para responder a dicho desafío. Al respecto, si América Latina continúa con su actual patrón de producción y de exportaciones y su baja competitividad, no logrará beneficios adecuados que se transformen en crecimiento sostenido con equidad social, pues la región seguirá exportando productos volátiles sin valor agregado mientras los países más avanzados del hemisferio profundizarán el comercio en aquellos que precisamente generan la buena calidad del crecimiento.

Finalmente, está fortalecer la agenda para negociar como región un tratamiento más simétrico en las relaciones internacionales. En este aspecto la claridad de objetivos y el fortalecimiento de los esquemas de integración, junto a políticas y resultados efectivos en el ámbito económico y político, pueden significar un instrumento importante para negociar a nivel multilateral y bilateral la disminución de las prácticas proteccionistas imperantes en los países de la OECD, así como el cumplimiento de los compromisos internacionales asumidos en

materia de financiamiento del desarrollo, de preservación ambiental y de movimiento libre no sólo de bienes y servicios sino de capitales y personas. Lo anterior obviamente requiere de una actitud más generosa y equitativa de los países más ricos y un rol más neutral y efectivo de los organismos multilaterales.

El papel de la CAF

Antes de concluir quisiera hacer unas breves reflexiones en torno a la Institución que presido y que dada su membresía, tiene una clara identidad latinoamericana. Hoy forman parte de la Corporación todos los países de la CAN y del Mercosur, más México, Chile, Costa Rica, Panamá, Trinidad y Tobago y Jamaica. La CAF es además la principal fuente de financiamiento de los países andinos y un importante articulador de los procesos de integración latinoamericana. Apoya tanto iniciativas de los gobiernos como del sector privado en área prioritarias para lograr el desarrollo sostenible y la integración regional.

Hay un hecho adicional que quiero resaltar en cuanto a que la CAF respeta los distintos enfoques de sus países miembros. En este espíritu no imponemos criterios condicionantes más allá de exigir la viabilidad y solidez de los proyectos a financiar. La CAF es un socio leal y permanente lo que le ha permitido ser el banquero de la región en las buenas y en las malas, manteniendo a la vez una cartera sana y el reconocimiento de las agencias calificadoras de riesgo. Pero no sólo somos un banco sino también un centro de pensamiento intelectual independiente que busca ayudar a construir consensos en los temas que he planteado en mi presentación.

Conclusión

A pesar de que América Latina no está sustancialmente mejor en términos relativos que hace 50 años, ha hecho avances y, lo principal, tiene un gran futuro. Pero ese futuro promisorio depende, en gran medida, de que se hagan ajustes importantes en la agenda de desarrollo bajo el lema de que el esfuerzo comienza en la casa. El apoyo externo debe visualizarse como importante pero complementario.

En este contexto, deben propiciarse los consensos en torno a una agenda de desarrollo que busque crecimiento sostenido con equidad social y que no sólo permita la inserción de la región en la economía internacional reduciendo las brechas existentes, sino que logre eliminar la pobreza, disminuir el desempleo y respetar la identidad cultural regional.

Se deben fortalecer los procesos democráticos, dado que la democracia es la base fundamental para cualquier desarrollo sostenible. Se debe también impulsar una estrecha coordinación entre el Estado, el sector privado, la academia y la sociedad civil, y finalmente tener muy presente que la integración regional es un instrumento fundamental en la agenda del futuro, no un lujo sino una imperiosa necesidad.

Agradezco mucho por su atención y espero que estas reflexiones hayan sido de su interés.